

Apoderados del colegio cuenta cómo era la inspectora fallecida en Calama

"María Victoria era muy mamá, muy cercana con todos los niños"



En junio María Victoria iba a cumplir 30 años de matrimonio.

Este viernes salió a recibir a los alumnos, como lo hacía todos los días, en la puerta del colegio.

M.SALINAS/D.TORÁN

La comunidad del Instituto Obispo Silva Lezaeta permanece en shock. La inspectora María Victoria Reyes Vache, quien murió este viernes tras el ataque de un estudiante del mismo establecimiento, era una figura profundamente querida por alumnos, apoderados y profesores.

Maryta García, madre de una ex alumna y de una estudiante de 4° medio del colegio, cuenta que la mañana de este viernes la funcionaria salió, como siempre, a recibir a los estudiantes a medida que llegaban. "Cuando iban ingresando les decía que estaban bonitos. A uno le dije 'qué lindas tus zapatillas', a mi hija la abrazó y le mencionó que tenía lindas sus uñas. La verdad, aún no creo todo esto", relata.

La hija de Maryta está en un curso paralelo al alumno agresor. "Todos se conocen porque es un colegio muy in-

tegral y católico, que hace que comparten entre sí, sobre todo quienes están desde chicos ahí. Sabíamos que el chico estaba en tratamiento", señala.

Cuando se produjo el ataque, cerca de las 10:30 de la mañana cerca del patio del establecimiento, la inspectora intentó resguardar a los estudiantes. "Mi hija me contó que los intentó proteger, abrazó a algunos", dice.

El hecho dejó además a una paradocente de 59 años en estado grave y a tres alumnos con lesiones de diversa consideración, uno de ellos trasladado a Antofagasta debido a la gravedad de sus heridas.

John Valdebenito, apoderado de segundo medio, conocía a María Victoria desde hace una década. "Con nosotros siempre se portó un siete. Ella siempre estaba presente. Se encargaba de muchas cosas: que los niños estuvieran con el uniforme correcto, de ver licencias o ausencias. Recibía las quejas, lo

bueno y lo malo. También llevaba a los niños a la enfermería. Todos la conocíamos", cuenta.

Sobre su trato cercano, agrega: "Mi hija me dice que era una tía muy alegre. Siempre que me veía me llamaba por mi nombre". Su hija, además, es compañera de algunos de los estudiantes atacados. "Uno de ellos fue trasladado a Antofagasta porque su estado es grave", indica.

De acuerdo a los primeros antecedentes del Ministerio Público, el autor del ataque es un alumno de 18 años de 4° medio, quien portaba dos mochilas, una de ellas con varios cuchillos. Según explicó el fiscal regional de Antofagasta, Juan Castro Bekios, el joven primero agredió a la inspectora con un arma cortopunzante, causándole la muerte, y luego atacó a una paradocente que intentó auxiliara.

Posteriormente, avanzó unos metros y arremetió contra al menos tres estudiantes de 16 años en las canchas del colegio.

María Victoria no solo trabajaba en el establecimiento, también era exalumna y llevaba cerca de 30 años como inspec-



Rafael Gumucio

La lección más dura

No es una guerra. No hay bandos ni causas, sólo una autoridad que intenta educar y paga por eso con su vida. La inspectora no estaba ahí para defenderse, sino para sostener algo mucho más frágil: un orden basado en que alguien pueda decir "no" y que ese "no" sea aceptado. Ese gesto mínimo -separar, contener, poner límites- hoy parece intolerable. Y cuando un límite se vuelve intolerable, cualquier respuesta empieza a parecer posible.

Llevamos años enseñando que la violencia es la forma más efectiva de conseguir algo. Hoy sufrimos las consecuencias.

Durante años hemos trabajado con esmero en desacreditar toda forma de autoridad. La confundimos con abuso, la redujimos a sospecha, la desarmamos hasta dejarla sin

lenguaje. Después, con cierta hipocresía, nos escandalizamos cuando alguien educado en ese clima decide que no hay nada que obedecer. La violencia no aparece de pronto: se instala lentamente, como una costumbre. Primero en el tono, luego en el gesto, finalmente en el acto.

La inspectora murió haciendo su trabajo. No hay épica ni consuelo en eso. Sólo una evidencia incómoda: una sociedad que no protege a quienes enseñan termina educando para la violencia. Y cuando eso ocurre, el colegio deja de ser un lugar donde se aprende a vivir con otros y se convierte en un lugar donde se mata sin explicación.

tora. El próximo 30 de junio cumpliría tres décadas de matrimonio con su esposo, Emilio Collao. "Él llegó altiro cuando sucedió todo. Sus dos hijos universitarios vienen viajando", relata Maryta.

Sus propios hijos también estudiaron en el colegio, lo que reforzaba su vínculo con la comunidad. "Era muy mamá con todos los niños, muy cercana. Por eso estamos todos tan afectados: alumnos, apoderados y funcionarios. El colegio, de los pocos lugares que creías seguro, hoy deja de serlo. Es triste, es una sensación horrible", lamenta.

Conmovida, cierra: "Me gustaría que se refleje la gran mujer, mamá y funcionaria que fue María Victoria. Ella no merecía morir así. Solo tengo palabras de agradecimiento para ella. Afortunadamente se lo dije en vida".